

LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE:  
LA INVESTIGACIÓN BIOANTROPOLÓGICA  
EN LAS ISLAS CANARIAS

JULIA M<sup>a</sup> LECUONA VIERA

**Resumen:** Ante los numerosos estudios que se han venido llevando a cabo en los últimos años en los ámbitos de la Arqueología de la Muerte, Bioarqueología y Paleopatología en el archipiélago canario, hemos considerado oportuno hacer una reflexión diacrónica sobre las tendencias seguidas a lo largo de la investigación. Nuestro objetivo es realizar una visión general de las mismas que ayude a un mejor entendimiento de la coyuntura en la que nos encontramos en la actualidad, enfatizando en la idea de la necesidad de integración de distintas disciplinas con el fin de lograr una visión global de los acontecimientos del pasado.

**Palabras clave:** Arqueología de la Muerte, Bioarqueología, Paleopatología, Archipiélago Canario.

**Abstract:** In the presence of the numerous studies which have been taking place over the past few years in the fields of Archaeology of the Death, Bioarchaeology and Paleopathology in the canarian archipelago, we have considered it to be opportune to do a diachronic reflection about the trends followed during the investigation. Our goal is to achieve a general view of them, which will help a better understanding of the juncture in which we are nowadays, empathizing the idea of the necessity of integration of different disciplines with the purpose of getting a global view of the past events.

**Key-words:** Archaeology of the Death, Bioarchaeology, Paleopathology, Canarian Archipelago.

## LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

El ámbito de la Arqueología en la que se encuadra el presente trabajo, la Arqueología de la Muerte, ha experimentado una evolución gradual, que nos disponemos a analizar con la intención de llegar a entender la coyuntura actual en que se encuentran este tipo de estudios en nuestro espacio geográfico: el archipiélago canario.

Tradicionalmente los hallazgos funerarios han suscitado un gran interés no sólo

entre los arqueólogos sino también para el público en general, en este último caso atraídos por la espectacularidad de algunas construcciones y la riqueza de los ajuares. De este modo, y siguiendo a R. Chapman y K. Randsborg (1981: 2), los antecedentes más remotos de lo que podríamos denominar la "primitiva" Arqueología de la Muerte, los encontramos en el continente europeo a finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, cuando distintos enterramientos prehistóricos, en especial los de carácter tumular, se vieron sometidos sistemáticamente a procesos de excavación, motivados, al menos en un primer momento, por la afirmación llevada a cabo por corrientes nacionalistas, de que en este tipo de yacimientos se hallaban enterrados los antepasados de las poblaciones locales.

Progresivamente ese ámbito de estudio fue adquiriendo mayor impulso, sobre todo ayudado por la creación de los primeros museos, potenciándose los estudios regionales y locales. A todo ello también contribuye una razón práctica, ya que las excavaciones de las necrópolis resultaban más "rentables" que las de otro tipo de yacimientos: menor tiempo de excavación, menor coste económico y por supuesto el hecho de que los elementos recuperados se consideraban más adecuados a la hora de exponerse en un colección museística (CHAPA BRUNET, 1990: 15).

Durante todo ese tiempo los investigadores se apoyaron en la asociación de diferentes sepulturas como medio para solventar los problemas de seriación cronológica que se les presentaban. Con posterioridad, sus investigaciones se dirigieron a dilucidar las formas de organización social de las poblaciones prehistóricas mediante los datos obtenidos en las excavaciones, a través de la determinación del sexo del individuo y su relación con el ajuar. En definitiva, los arqueólogos vieron en las necrópolis una fuente de información fidedigna, al considerarlas como un "espejo" en la muerte, reflejo de una sociedad viva.

En la primera mitad del siglo XX, este tipo de estudios alcanzaron un notable interés, aunque siempre bajo la influencia de la Antropología, es una época en el que la teoría difusionista es la única explicación posible a las transformaciones observadas en la cultura material, objeto principal de estudio en este momento, lo que conduciría a que las conclusiones formuladas estuvieran integradas fundamentalmente por seriaciones tipológicas de materiales y sus variaciones, tanto temporales como espaciales.

Estos resultados condujeron a ciertos investigadores a preocuparse por definir expresiones como "áreas culturales", y por ende "cultura", en este caso representada por series de artefactos en las que se palpaba la necesidad de concretar y delimitar lo que se estaba estudiando, intentando analizar aquello que no era otra cosa que la cultura del hombre. Por entonces el arqueólogo más destacado es V.G. Childe, quien en 1929 (CHAPMAN - RANDSBORG, 1981: 3), propone la explicación de este controvertido término:

*"Encontramos ciertos tipos de restos -cerámica, herramientas, ornamentos, ritos funerarios, formas constructivas- constantemente repartidos juntos. A tal complejo de regularidad de rasgos asociados, lo llamaremos "grupo cultural" o sólo "cultura". Asumimos que tal complejo es la expresión material de lo que hoy llamaríamos "gente". Sólomente donde el complejo en cuestión, está regular y exclusivamente asociado a restos esqueléticos de un tipo físico específico nos aventuraríamos a reemplazar "gente" por el término "raza".*

Una vez aclarado el término-base de cualquier estudio arqueológico, el paso a seguir fue el de asociar los diferentes "tipos", los cuales en palabras del mismo autor en el año 1956 (*idem*) serían:

*"Una condición obvia para la asociación de tipos es que deben estar en uso u ocupación al mismo tiempo. Todos los tipos así asociados deben tener entonces la misma coordinación cronológica. Pero la asociación reiterada requiere al menos que se usara por la misma sociedad, que*

*es por la misma tradición común del trabajo de la madera, pesca, vestimenta, arquitectura doméstica y ritos funerarios".*

Con la fijación de estas dos importantes premisas entramos ya en la segunda mitad del siglo XX, en el que se ha incrementado notablemente el interés por la Arqueología de la Muerte, si bien se aprecia una clara dicotomía entre las corrientes de pensamiento existentes; así por un lado encontramos la norteamericana, más preocupada en distinguir los rangos sociales de los individuos hallados, mientras que por otro lado se situarían las corrientes europeas, concentradas en la normativa cultural de los yacimientos.

En la década de los 60 la aparición de la denominada Nueva Arqueología, surgida en el seno de la Arqueología norteamericana, supuso una auténtica revolución arqueológica en todas sus variantes, siendo para J.M. Vicent (1995: 15) la Arqueología de la Muerte y la Arqueología Espacial los mayores éxitos de este movimiento.

La primera gran innovación de este movimiento fue considerar por primera vez el registro funerario como una fuente de información privilegiada sobre la estructura social, aportando aspectos no materiales de la conducta humana (VICENT, 1995:15). Para los nuevos arqueólogos el acto funerario actúa como condensador social altamente significativo, enfocando su atención en el aspecto de "la persona social" del difunto y su *status*, término definido por Goodenough (1965) (CHAPA BRUNET, 1990: 16):

*"Cada individuo tiene una identidad social (padre, hijo, profesor,...) que marca su relación con otras personas"*

Bajo esta percepción intentan descubrir los nexos de unión o rangos dentro de una sociedad.

Esta idea se acompañó del rasgo fundamental que define a la generación de nuevos arqueólogos: la necesidad de plan-

tearse una teoría sobre la sociedad, algo que la Arqueología Tradicional nunca hizo. Defendían el estudio con metodología científica, buscando las pautas de comportamiento de cualquier sociedad aunque sus símbolos pudieran variar. Pero quizás la manera más sencilla de manifestarlo sea a través de una cita de su mayor representante, L. Binford (1977:77 [CHAPMAN - RANDSBORG, 1981: 11]):

*"Nuestro trabajo es hacer significativo las observaciones acerca del pasado desde hechos contemporáneos y hacer significativas afirmaciones sobre la dinámica desde hechos estáticos. Para hacer conclusiones el arqueólogo debe tener una fuerte teoría- teoría de alcance medio- la cual le guíe al hacer afirmaciones (...). En resumen, debemos tener un fuerte y bien fundado entendimiento de las formaciones de los procesos del registro arqueológico"*

De este modo la Arqueología de la Muerte pasa a ser el punto intermedio entre la práctica estrictamente arqueológica y el contexto sistemático del pasado. Se trata de la anteriormente mencionada "Teoría de Alcance Medio", enunciada por Shiffer a principios de los años 70 en la que se basaría este movimiento procesualista, caracterizado por aislar y estudiar separadamente cada proceso de la sociedad, enfatizando en aspectos ecológicos, relaciones sociales e ideología (RENFREW - BAHN, 1993: 431).

El enfoque "Binford-Saxe", formulado en los mismos años para el ámbito mortuario, propone en la variabilidad funeraria el acceso a una complejidad social. El problema de esta teoría no radica en su planteamiento a priori lógico, sino en su demostración. Ante esta dificultad los autores proponen la "teoría del rol" resumida por J.M. Vicent (1995: 19) en que *"las diferentes identidades sociales que la definen (en vida) deben tener una exposición en forma de elementos o combinación de elementos dentro del contexto funerario"*.

Dentro de un enfoque puramente materialista, Saxe (1970) y Tainter (1975), pro-

ponen la utilización del gasto de energía como reflejo del status social estableciendo una estructura piradimal, en cuya base se halla la mayoría de la población con un rango social muy bajo, el cual va aumentando hasta culminar en un vértice representado por muy poca población de rango social muy alto.

Aunque criticada por ser excesivamente elemental, ambos autores la defendieron como un método de análisis objetivo no mediatizado, como podría serlo el estudio de artefactos aislados. Uno de sus detractores: L. Goldstein lo rechaza bajo la afirmación: (GOLDSTEIN, 1981: 57): *"La profundidad del tiempo nos puede conducir a error, ya que algunos cambios funerarios pueden reflejar cambios de comportamiento en el tiempo y no en rango social"*

Retomando a J. Vicent (1995) podemos distinguir dos tendencias diferenciadas en la metodología seguida por los arqueólogos procesualistas. La primera sería la anteriormente mencionada materialista en el que el ritual funerario se analiza bajo una óptica económica, analizado como un gasto de energía; y el segundo sería la formalista, donde el individuo se representa por medio de la asociación específica de elementos funerarios.

Las principales críticas manifestadas contra el Procesualismo, provienen por un lado de la Arqueología Tradicional, que lo acusa de actuar con excesiva ingenuidad y optimismo. Sin embargo lo que no cabe duda es que de cualquier modo supuso un gran impulso metodológico (VICENT, 1995: 22) abriendo sus puertas a otras disciplinas, como aquellas procedentes de la Antropología física tales como la Paleopatología, estudios nutricionales, genéticos..., e incluso la introducción de técnicas estadísticas, al igual que obligó a la Arqueología a replantearse tanto sus objetivos como su teoría.

Por otra parte la última detracción que se le atañe, es la señalada por el movimiento post-procesualista, donde encontramos a I. Hodder, principal representan-

te de la Arqueología Contextual y uno de los mayores oponentes a este movimiento, quien rechaza la interpretación aislada y por etapas de la cultura arqueológica propuesta por los nuevos arqueólogos, ya que ésta posee unas propiedades simbólicas dinámicas (TRIGGER, 1992:325), que en palabras de este mismo autor (HODDER, 1986: 15):

*"Pero en el caso de las prácticas funerarias, este tipo de generalización resultan poco convincentes (...). Aquí empezamos a vislumbrar que son las ideas, las creencias y los significados los que se interponen entre la gente y las cosas. El enterramiento adopta distintas formas, que son reflejo de la sociedad. Estas distintas formas dependen claramente de las actitudes de esa sociedad hacia la muerte"*

En resumen a la Nueva Arqueología se le achaca un excesivo funcionalismo, abogando por prestar mayor atención al mundo de las ideas y creencias (RENFREW - BAHN, 1993:454), siendo ésta la tendencia predominante en los últimos años.

Aunque con una explicación, quizás demasiado simplista de los movimientos más relevantes dentro de la Arqueología de la Muerte, en este momento nos hemos convertido en herederos directos de todas y cada una de esas corrientes, siendo patente tanto sus defectos como virtudes, por lo que nuestra tarea es ser lo suficientemente inteligentes como para apreciar lo que nos puede interesar de ellas, sin obviar sus aspectos positivos, para un adecuado desarrollo de nuestra investigación.

## ESTUDIOS DE LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE EN EL ARCHIPIÉLAGO CANARIO

Una vez efectuado un primer acercamiento al proceso de génesis y evolución de la Arqueología de la Muerte, es el momento de ofrecer nuestra visión sobre los estudios realizados en Canarias, los cuales han girado en torno a dos disciplinas, la Bioantropología y la Bioarqueología; paralelamente intentaremos determinar hasta

qué punto y de qué manera se han desarrollado sus conocimientos. Para ello, y en primer lugar, comenzaremos aclarando el significado de dichos conceptos. Si seguimos a C. Renfrew y P. Bahn (1993:520) la Bioantropología, también denominada Antropología física o biológica, "es la disciplina de la antropología dedicada al estudio de las características biológicas y físicas del ser humano y su evolución"; a partir de aquí, podemos definir la Bioarqueología, Arqueobiología o Arqueología biológica, como la disciplina de la Arqueología dedicada a la reconstrucción y estudio de las características biológicas y físicas del pasado humano a través de los restos recuperados con metodología arqueológica.

A las disciplinas anteriores habrá que añadir una tercera, estrechamente vinculada con las mencionadas anteriormente, la Paleopatología, una especialidad médica dedicada al estudio de las enfermedades del pasado del hombre.

Sobre la base de lo señalado, resulta evidente la fuerte conexión existente entre las disciplinas citadas, por lo que en numerosas ocasiones podremos observar que los estudios a los que nos referiremos a lo largo de este trabajo no se encuadran en una única materia, si no que de hecho pueden encuadrarse en varias a un mismo tiempo.

En nuestro archipiélago, de manera semejante a lo que ocurre en otras regiones, los pioneros en afrontar este tipo de estudios del pasado humano fueron los profesionales de la medicina, cuyos trabajos marcaron el desarrollo paulatino de la Paleopatología en las islas, la cual ha ido despertando el interés de arqueólogos e historiadores, que tradicionalmente habían depositado en manos de los médicos la responsabilidad de este tipo de estudio: surge así una nueva vía de investigación dentro del campo arqueológico, la Bioarqueología, de creación relativamente reciente, frente a la ya mencionada que ha contado con una trayectoria continuada.

Es pertinente hacer una segunda aclaración con respecto a la línea de investigación que se ha venido siguiendo, no únicamente en el ámbito de la Bioarqueología, sino en cualquiera de las disciplinas históricas. Canarias cuenta con lo que se denomina una "Prehistoria reciente" o Protohistoria, en la que las sociedades indígenas se vieron sometidas a un rápido proceso de conquista, llevada a cabo por una sociedad más avanzada técnicamente, lo cual supuso la implantación de una cultura totalmente novedosa y la práctica desaparición de la anterior. Como resultado directo de ese hecho, disponemos en la actualidad de crónicas que narran tanto la propia conquista como el modo de vida de los habitantes insulares; esta circunstancia puede constituir una ventaja con respecto a la Prehistoria europea, al tener una fuente escrita que apoye los estudios arqueológicos; sin embargo, si bien en un principio parecen facilitar la investigación, en ocasiones supone un auténtico lastre difícil de liberar, debido a que con excesiva frecuencia se ha extrapolado hacia el pasado el momento concreto descrito por dichas crónicas, generalizando unos hechos tardíos y puntuales a un período amplio, al tiempo que se obvia la evidencia de que esa misma civilización conquistada haya tenido su propio proceso evolutivo.

Por otro lado, la clara ligazón que ha existido tradicionalmente entre la Antropología y la Arqueología parece encontrarse más acentuada en el caso concreto de Canarias, tal y como lo refleja F. Estévez (1987: 16): *"...las distintas visiones o imágenes que en diferentes épocas, se han ido conformando de los antiguos canarios se instruyeron en gran medida desde los enfoques teóricos e ideológicos derivados de los estudios antropológicos."*

Si hacemos una reflexión diacrónica acerca del camino seguido por la investigación dentro de este campo, resulta práctico proponer una serie de etapas, que si bien no son fáciles de establecer, a nuestro

juicio son las que mejor se ajustan a la hora de facilitar la comprensión del desarrollo de estos estudios en el archipiélago. La primera de ellas sería la que incorpora la visión ofrecida por los cronistas, caracterizada por no mostrar un reflejo nítido de la cultura en las islas, ya que al encontrarse ante una sociedad formada por gentes de apariencia y costumbres muy alejadas del espíritu religioso impuesto por la Iglesia de la época, dichos cronistas no supieron plasmar en sus relatos la realidad isleña, limitando su narración a la colonización y cristianización de los insulares. En consecuencia, carecen habitualmente de cualquier afán científico por la población conquistada. A pesar de todo, de las crónicas se pueden obtener interesantes apuntes sobre la sociedad canaria preeuropea que, centrándonos en el tema que nos ocupa, los cronistas son algo limitados ya que sólo hacen someros apuntes sobre el aspecto físico de la población canaria, con alguna mención a las enfermedades que padecen, sin profundizar en ninguno de esos u otros aspectos.

Una segunda etapa comenzaría en el siglo XVIII, abarcándolo en su totalidad, en la que se aprecia un protagonismo absoluto de la Antropología; es en este momento cuando se van configurando las bases sobre las cuales se asentará el origen y posterior desarrollo de la Paleopatología en las islas, que no surgirá como tal disciplina científica hasta un siglo más tarde, al igual que la Bioarqueología, que como ya hemos comentado contará con un desarrollo más pausado.

En ese Siglo de las Luces destaca la figura de J. de Viera y Clavijo, historiador que consiguió cambiar la visión del guanche, concebido hasta el momento como un ser salvaje de mísera existencia, que al fin es redimido por la conquista, elevándolo a la figura del "buen salvaje" francés, es decir, aquel ser al que se le ha despojado de su libertad y de su vida, siendo ésta un ejemplo de felicidad y armonía, carente de la ambición del hombre moderno (ESTÉ-

VEZ, 1987:71-83). Para J. de Viera y Clavijo este "buen guanche" es descendiente de los atlantes, calificándolo de héroe y patriarca; hoy por hoy ésta es una visión no compartida por la generalidad de los investigadores. En la actualidad el origen de los canarios continúa siendo un tema de controversia.

La siguiente etapa englobaría el siglo XIX, en el que remitiéndonos una vez más a F. Estévez (1987:109), cabría señalar que la línea de investigación se centró en los aspectos raciológicos de los isleños, por cuanto los estudios se dirigen con insistencia a determinar la raza a la que pertenece el indígena. Dentro de este afán destaca sobremanera el desmesurado interés que se le presta al cráneo, al convertirlo en casi el único objeto de estudio, tendencia que el investigador citado ha denominado "*obsesión craneana*". Esta trayectoria se enmarca en un enfoque tradicional, sin que en ella se aprecie la existencia de corrientes de pensamiento generalizadas entre la comunidad científica canaria.

Por otro lado, la figura de S. Berthelot, al igual que hiciera en el siglo anterior J. de Viera y Clavijo, volvió a alterar la imagen del guanche, aunque en un sentido diferente, considerando que éste no se extinguió, como se había llegado a pensar, sino que aún sobrevivía entre sus descendientes, los actuales canarios. Para ratificar su hipótesis, se fijó en la permanencia de ciertas características físicas de determinados miembros de la sociedad canaria, principalmente en el medio rural, donde observó que no sólo continuaban manteniendo un parecido físico con los antiguos pobladores, sino que incluso pervivían algunas de sus costumbres, convirtiéndolos así en el eslabón de la evolución canaria.

No obstante, sí se puede señalar que es durante el siglo XIX cuando se inicia la Paleopatología en Canarias<sup>1</sup>, a pesar de que sólo se trate de meros apuntes y descripciones, ya que de hecho hasta mediados del siglo XX no se profundizará en esta ma-

teria. En cuanto a la Bioarqueología, aunque no se puede afirmar que es en este siglo cuando tiene su punto de arranque, sí es el momento en el que se asientan las bases para su posterior desarrollo.

La figura que impulsa de forma tímida estos estudios será G. Chil y Naranjo, quien desde su formación médica, aporta nuevas e interesantes conclusiones en especial en el estudio de las momias canarias, para las que niega como técnica de momificación la evisceración y extracción del cerebro, así como la introducción de sustancias conservantes a través de los orificios naturales ... (RODRÍGUEZ MARTÍN, 1989: 31). Sin embargo su aportación más notoria fue la creación, junto a otros investigadores del Museo Canario de Las Palmas con el objetivo de impulsar la investigación arqueológica, antropológica y paleopatológica en las islas.

Resulta curioso observar cómo, a excepción de G. Chil y Naranjo, el resto de los investigadores de ese siglo que trabajan en Canarias son foráneos, entre los cuales destacó el francés R. Verneau quien, influenciado por las corrientes antropológicas europeas del siglo XIX centradas fundamentalmente en los trabajos sobre la evolución de la especie humana; (es el momento en que Broca realiza sus estudios antropométricos, convirtiendo precisamente al país de origen de este investigador en el centro de las miradas [ESTÉVEZ, 1987:111]). Bajo estas circunstancias, R. Verneau llega a las islas concentrando sus investigaciones especialmente en aspectos referidos a la Antropología física de los canarios del siglo XIX, entre los cuales establece tres grupos bioantropológicos (VERNEAU, 1987 [1891]), que aún en la actualidad siguen siendo referencia en numerosos trabajos:

-Guanches: De gran altura, piel clara, cabello rubio o castaño claro y ojos azules; el aspecto moreno sería una introducción de los invasores (afirmación que en la actualidad no se considera válida, al ofrecer

una visión excesivamente mitificada del individuo). De cráneo largo con forma pentagonal, frente bien desarrollada, cara muy baja, ojos bajos, amplios y de gran fuerza. Este grupo se encontraba representado en todas las islas.

-Semitas: (Hoy llamados mediterraneos). De mediana estatura, piel y ojos oscuros y cabello moreno. Cráneo regular, cara fina, alta y estrecha, de mentón puntiagudo, dentadura bella y esqueleto de gran finura. Habitaban únicamente en Gran Canaria, La Palma y El Hierro.

-Mestizos: Es de escasa estatura, cráneo corto, cara baja, ojos abiertos y nariz larga; ignorándose el color de los cabellos, ojos y piel. Predominaban fundamentalmente en Gran Canaria. (Para I. Schwidetzky, investigadora de la que hablaremos más adelante, se trataría de una variante del anterior).

Así mismo, R. Verneau elaboró algunos apuntes dedicados a las enfermedades padecidas por los canarios, los cuales no podrían calificarse estrictamente como estudios paleopatológicos, entre las que cabe señalar sus anotaciones sobre la presencia de la sífilis en las islas, idea que posteriormente será desmentida por J. Bosch Millares.

El legado que nos dejó este investigador francés aún cuenta con un gran peso en obras posteriores, como hemos señalado anteriormente; sin embargo, debemos tener presente ciertos aspectos que limitaron su obra, como por ejemplo el hecho de que no estudió más que una pequeña muestra de los ejemplares recuperados por aquel entonces, en los que centró su trabajo, de manera casi exclusiva, en el cráneo, restándole importancia al esqueleto postcranial.

Para concluir las investigaciones desarrolladas en el siglo XIX, cabe señalar a tres autores que elaboraron sus estudios a finales del mismo; el primero de ellos es el alemán F. Von Luschan, quien publicó un estudio sobre cráneos de Tenerife que no supuso una gran novedad a lo conocido hasta

ese momento, si exceptuamos su aportación metodológica, por cuanto será pionero en utilizar el método estadístico en las islas. Otro alemán, R. Lehman Nitsche, continúa con la línea del investigador anterior, aunque sin aportar nada realmente significativo. Y el último personaje a comentar dentro de esta etapa es D. Von Behr, quien será el primero en dedicar su atención al estudio de la dentición de los guanches, en especial a la determinación de su grado de deterioro, ocupándose principalmente de las caries; actualmente se ha comprobado que sus conclusiones resultaron algo exageradas.

De este modo nos situamos a comienzos del siglo XX, que se inicia con la etapa que C. Rodríguez Martín (1989: 33) ha denominado de *consolidación*, dentro de la Historia de la Paleopatología en Canarias. No obstante, el avance alcanzado por los estudios paleopatológicos contrasta con el estado de la investigación bioarqueológica, que aún se encontraba sumida en una fase inicial debido al escaso interés que ha suscitado desde los trabajos de G. Chil y Naranjo y R. Verneau en el siglo anterior.

El inicio de la presente centuria está ocupado por la figura de E.A. Hooton quien, con su publicación en 1925 de la obra *The ancient inhabitants of the Canary Islands*, consiguió elaborar uno de los estudios paleopatológicos, y también bioarqueológico, más completos de nuestro pasado. Para I. Schwidetzky (1963), más que sus resultados y conclusiones, el gran adelanto que supuso Hooton fueron sus aplicaciones estadísticas, de gran utilidad para refundiciones posteriores.

Sin embargo, entre las grandes aportaciones que podemos señalarle a E.A. Hooton se puede indicar, *grosso modo*, que su investigación constituye el primer estudio paleopatológico sistemático en las islas. Los avances a los que nos referimos han sido resumidos en tres aspectos fundamentales por C. Rodríguez Martín, (1989:33). El detallado análisis de la dentición, a través

de las caries, sarro, atriciones, abscesos... Presta gran atención al elevado número de traumatismos, entre los que sobresale la trepanación, únicamente realizada por la técnica de barrenado, bien cicatrizada en la mayoría de los casos. Y, con respecto a la momificación, observó dos aspectos muy interesantes, el primero que el buen estado de conservación podría deberse al clima, y el segundo, que el pelo rubio de las momias podría ser el resultado de una despigmentación del cabello *post mortem*, es decir, una vez que ha fallecido el individuo.

En definitiva, sus aportaciones no se limitan sólo a la introducción de la estadística, sino también a un planteamiento y una metodología totalmente novedosos, a pesar de que desgraciadamente tan sólo se asimiló esta última, abandonándose sus avances teóricos.

Ya a mediados del presente siglo, situándonos una vez más en el terreno de la Paleopatología, le sucede a la fase anterior la etapa designada como *Nueva Paleopatología* por el ya mencionado autor (RODRÍGUEZ MARTÍN, 1989:34). Es una fase en la que lamentablemente se abandona la línea abierta por Hooton, ya que los estudiosos se dedicarán a una investigación macroscópica, en la que se podría decir que el objetivo son las intervenciones quirúrgicas efectuadas por los habitantes del archipiélago anteriores a la conquista. Por lo que se refiere a la Bioarqueología, ésta se encuentra limitada a la búsqueda del origen de los canarios y así, si en el siglo XIX se desarrolló un interés desmesurado por el cráneo, en toda la década de los años sesenta se desata la pasión por dilucidar dicho origen, cuestión que aún hoy sigue sin solventarse, atendiendo a la determinación de sus características físicas y estableciendo comparaciones con etnias del norte de África.

En esos momentos destaca la figura de J. Bosch Millares, al que cabe considerar como el impulsor de los estudios paleopato-

lógicos en las nuevas generaciones. Sus investigaciones se centraron en las lesiones traumáticas, observando que el mayor número de ellas son craneales y muy pocas postcraneales. La principal crítica a su labor se ha centrado en su escaso contacto con investigadores foráneos que hubieran supuesto la apertura a nuevas corrientes científicas, así como el no utilizar los métodos estadísticos en sus trabajos.

Por la misma época M. Fusté realizará estudios maxilofaciales y dentales, que todavía son de gran interés. Del mismo modo centrará su atención en aspectos bioantropológicos de las poblaciones indígenas de Canarias y su comparación con las actuales.

En los años sesenta la llegada a las islas de I. Schwidetzky supone una importante aportación al proporcionar nuevos datos sobre la población aborígen, enfocados fundamentalmente en la búsqueda del origen de aquellos primeros pobladores. Igualmente abrirá nuevas vías de investigación, como por ejemplo la observación de los grupos sanguíneos y su comparación con poblaciones africanas.

Para finalizar esta etapa debemos resaltar el equipo integrado por D.R. Brothwell, A.T. Sadison y P.H.K. Gray, quienes inauguran en 1968 los estudios histiopatológicos (del tejido enfermo) en nuestro archipiélago, aunque debemos lamentar la ausencia de estudios que hayan continuado en esta línea.

Todos estos preludios y antecedentes comienzan a dar sus frutos en fechas relativamente recientes, ya que es durante los últimos años cuando ha surgido un mayor interés por estas especialidades entre nuestra comunidad científica, reflejado en la celebración y desarrollo en el archipiélago de diferentes cursos, congresos, *simposiums* y proyectos, entre los que cabe destacar entre otros, *El V Congreso Panafricano de Prehistoria y Estudio del Cuaternario* (1963), que supuso avances principalmente en el campo de la Bioantropología. Esta reunión

científica se vió enfocada hacia la raciología y la búsqueda de las raíces de los canarios a través de la adscripción del tipo antropológico al que pertenecen y su relación con otras poblaciones, principalmente africanas. También cabe mencionar *El Simposio Internacional del Hombre de CroMagnon* (1969), o ya en fechas más recientes, la continuación de toda esta trayectoria se ve reflejada en la puesta en marcha del *Proyecto CRONOS* (1992), elaborado por el entonces Museo Arqueológico y Etnográfico de Tenerife, en colaboración con algunos Departamentos de Universidades de EE.UU, cuyo objetivo fue el estudio de la evolución biológica y sociocultural de las momias de Tenerife (GONZÁLEZ ANTÓN *et al.* 1990: 138-139). Aunque sus investigaciones se centraron en la isla anteriormente señalada, este proyecto ha sido el verdadero impulsor de la Paleopatología y Bioarqueología en el archipiélago al extender su influencia a otras islas, por cuanto ha supuesto una "revolución" en la investigación canaria al ofrecer nuevas tendencias metodológicas e interpretativas.

De forma paralela, como consecuencia del proyecto anterior, en 1992 se celebró en Tenerife el *I Congreso Internacional de Estudios sobre Momias*, el cual proporcionó avances novedosos en el campo de la Bioarqueología y, sobre todo de la Paleopatología canaria, al tiempo que continuó y potenció el nexo ya establecido, a través del proyecto CRONOS, con investigadores foráneos.

## CONSIDERACIONES FINALES

A pesar de encontrarnos a finales del siglo XX y a las puertas del comienzo de un nuevo siglo y milenio, la Bioarqueología en Canarias es todavía una ciencia joven que lucha por ocupar un puesto "digno" en nuestra sociedad. Cada vez son más numerosos los estudios y tesis doctorales que tienen como objetivo el análisis de estas cuestiones, recuperando la línea abierta por Hooton, hace casi 75 años, realizados con un marcado carácter multicientífico mediante la intervención de médicos, arqueólogos, biólogos..., convirtiéndose por fin en una ciencia interdisciplinar, dejando de lado esa ya tradicional visión exclusivamente médica, cuya unión puede poner en relación los datos puramente antropológicos o médicos, con los culturales.

Sin embargo, todavía es largo el camino por recorrer, aunque sean muchos los logros metodológicos e interpretativos conseguidos, pues son numerosas las ocasiones en que seguimos asistiendo al trabajo de investigadores que continúan limitándose a enumerar una serie de datos y registros, establecer tipologías, etc., sin que se proceda a un adecuado análisis interpretativo, apoyado en adecuadas hipótesis de trabajo y sin profundizar realmente en el significado de dichos materiales, obviando el que este tipo de estudios tiene como finalidad el acercarnos al modo de vida, y en definitiva, a la cultura de nuestros antepasados, la cual es el verdadero objeto de nuestro estudio.

## NOTAS

1 Para poder hacer una breve revisión histórica de la misma, es de inevitable referencia los artículos de C. Rodríguez Martín (1989,

1990), en los cuales se basan muchas de las ideas aquí recogidas.

**BIBLIOGRAFÍA**

- CHAPA BRUNET, T. (1990): "La Arqueología de la Muerte. Planteamientos, problemas y resultados". En *Arqueología de la Muerte. Metodología y perspectivas actuales*. Curso de verano de la Universidad de Córdoba. Córdoba, pp. 13-38.
- CHAPMAN, R. Y RANDBORG, K. (1981): "Approaches to the Archaeology of death". En: CHAPMAN, R. et al. *The archaeology of death*. Cambridge University Press, pp. 1-24.
- ESTÉVEZ, F. (1987): *Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*. Excmo. Cabildo Insular de Tenerife. Tenerife. 189 pp.
- GOLDSTEIN, L. (1981): "One-dimensional archaeology and multidimensional people: spatial organisation and mortuary analysis". En: CHAPMAN, R. y RANDBORG, K. *The archaeology of death*. Cambridge University Press, pp. 53-69.
- GONZÁLEZ ANTIÓN, R. et al. (1990): "Proyecto Cronos. Bioantropología de las momias guanaches". *Eres (Arqueología)*, I(1), pp. 137-140.
- HODDER, I. (1988): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Ed. Crítica. Barcelona, 236 pp.
- RENFREW, C. Y BAHN, P. (1993): *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Ed. Akal. Madrid, 570 pp.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C. (1990): "Una perspectiva histórica de la Paleopatología en Canarias. *Eres (Arqueología)*, 1(1), pp. 21-50.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, C. (1989): "La paleopatología en Canarias. Visión histórica". *Revista de Arqueología*, 97, pp. 29-37.
- SCHWIDEITZKY, I. (1982): "Population biology of the Canary Island. Results and problems". *El Museo Canario*, XLI, pp. 47-56.
- TRIGGER, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Ed. Crítica. Barcelona, 475 pp.
- VERNEAU, R. (1987 [1891]): *Cinco años de estancia en Canarias*. Ed. J.A.D.L. Tenerife, 309 pp.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1995): "Problemas teóricos de la Arqueología de la Muerte. Una introducción". *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo. Actas del curso de verano da universidade de Vigo*.
- VIERA Y CLAVIJO, J. (1967): *Historia de Canarias*. Goya Ed. Tenerife, 871 pp.